

# LA INTERPRETACIÓN EN LO TRANSUBJETIVO

## REFLEXIONES SOBRE LA AMBIGÜEDAD Y LOS ESPACIOS PSÍQUICOS

publicado en REVISTA DE PSICOANALISIS, Buenos Aires, 2000

Silvia Amati Sas

El sentimiento subjetivo de identidad está ligado tanto a la continuidad inefable del ser como al “dónde”, al “cuándo”, al “cómo” y al “con quién” se está: “Yo soy yo y mis circunstancias”, dice Ortega y Gasset. Esto no nos permite considerar la realidad psíquica del yo ni como interna ni como externa, sino como subjetiva.

Imaginamos la subjetividad, siguiendo a Berenstein y Puget (1997), como constituida por tres espacios: el intrapsíquico, o el de las relaciones objetales (entre el yo y los objetos internos); el intersubjetivo, o espacio del vínculo entre el “sí mismo” y el otro externo; el transubjetivo, o el de las relaciones entre el sujeto y el contexto social compartido.

El primer sentimiento de existencia psíquica sería un hipotético “sentimiento oceánico” (Freud, 1927): ser uno y todo en un continuo indefinido. De allí parten las identificaciones primarias y secundarias que permitirán al sujeto ir construyendo su sentimiento de identidad en un contexto de relaciones humanas.

El primer contexto, depositario o sostén de las angustias más arcaicas, es un puro destino, puesto que no se eligen ni los padres, ni el momento, ni el lugar en el cual se nace, ni el destino histórico de la propia generación. La imposibilidad de elección de las primeras pertenencias hace que el sujeto las perciba como naturales, evidentes u obvias. Desde entonces, cuando se trata de contexto y de pertenencias, vuelve a surgir la primera impresión de obviedad, o sea, un sentimiento de familiaridad que corresponde al deseo universal (quizás una fantasía originaria) de la benévola complementariedad del mundo externo con nosotros mismos. Con esta profunda necesidad e ingenua expectativa, podríamos, al límite, “adaptarnos a cualquier cosa” (Amati Sas, 1985), familiarizarnos aun con las circunstancias más degradantes, peligrosas y siniestras. Esto es lo que se advierte en la experiencia de los pacientes que han experimentado situaciones sociales de extremo maltrato y violencia.

Intento llamar la atención sobre este conformismo de base, o fácil inclusión de cualquier contexto en nuestra realidad psíquica, y recalcar los aspectos de aparente insensibilidad e indiferencia a estas inclusiones del contexto en nosotros (y de nosotros en el contexto); pero deseo también subrayar la aparición de señales subjetivas de alarma, que se presentan cuando el sujeto advierte su tácito conformismo. En el trabajo terapéutico (tanto en la transferencia como en la contratransferencia), considero como señales del conflicto del sujeto frente a su básico conformismo: la extrañeza, la vergüenza y el desaliento; o sea, el sentimiento de perder las propias convicciones (Amati Sas, 1989).

En nuestro mundo actual, aquello que se acepta tal cual se presenta, o como obvio y banal, es la violencia omnipresente en la cual estamos sumergidos y que conlleva una dificultad de pensar descripta como “crisis de la simbolización” o “pérdida de la significación” (Chasseguet-Smirgel, 1983), pérdida de la capacidad de discriminar y simbolizar las propias percepciones. El incremento de lo obvio y lo familiar se hace a expensas de la posibilidad de pensar, simbolizar y significar, porque el macrocontexto en el cual estamos sumergidos es incierto, inseguro y no ofrece garantías.

Este fenómeno adaptativo básico nos permite, por ejemplo, conformarnos y convivir con el mundo mass-mediático actual (compuesto de continuos mensajes equívocos y paradójales de violencia y terror), que se ha tornado familiar y obvio aunque sea profundamente inquietante.

Lo que Eigen (1985) llama “disminución del sentido de la catástrofe” puede servir para describir lo que entiendo por “lo obvio”: “cuando el sentido de la catástrofe pierde el valor de señal, la situación catastrófica se vuelve la total realidad del sujeto [...] es posible que esto le suceda a toda una cultura en gran escala”.

En nuestra cultura de masas, aquello que se vuelve obvio es compartido en el mutismo y el silencio de la transubjetividad, y es la expresión de una instalación en la ambigüedad que podemos considerar como una defensa mayor de sobrevivencia frente a una humanidad que, en cuanto contexto, no da garantías ni certezas ni seguridad.

Este compromiso subjetivo inconsciente con cualquier realidad contextual encuentra una hipótesis teórica en la indiferenciación primaria y, muy precisamente, en la posición ambigua preconflictual y de máxima dependencia respecto al mundo externo tal como fue descripta por Bleger (1972). Considero que el modo de pensar de este autor hace un puente entre lo psíquico y lo social de una manera más dinámica y dialéctica que otros modelos psicoanalíticos, particularmente cuando nos vemos enfrentados a problemas de violencia social. Sus conceptos de vínculo simbiótico, posición ambigua y ambigüedad permiten conjugar la dinámica del yo en relación al contexto con el mantenimiento subjetivo del sentimiento de identidad y continuidad.

Considero la ambigüedad como una cualidad o una tonalidad potencial de los fenómenos psíquicos que corresponde a una particular posición del sujeto en relación con el mundo, un estado de la mente en el cual prima el compromiso con los otros y con el contexto. Su consecuencia es la adaptación a la cultura, a las modalidades, a las costumbres del contexto social y al clima afectivo que surge de las relaciones interpersonales y transpersonales.

Bleger ya planteó la problemática de la intersubjetividad en cuanto vincularidad (o vínculo con el otro externo), lo que Janine Puget (1995) llama el nuevo paradigma del psicoanálisis. Después de años en los cuales la lectura freudiana fue preferentemente limitada a lo intrapsíquico (Aragón, 1975), la búsqueda de las formas conceptuales dinámicas para hacer conjugar lo intrapsíquico, lo intersubjetivo y lo social, se torna una obligación ineludible. Sintéticamente, tomaré dos conceptos importantes de Bleger: la ambigüedad y la obligatoria depositación en el mundo externo de un núcleo de indiferenciación primaria, o núcleo ambiguo, a través del vínculo simbiótico. Ello concierne a un problema inconsciente atinente a la realidad psíquica subjetiva según la cual es imprescindible que exista un depositario concreto en la realidad externa, sean personas o instituciones. En condiciones de normalidad, esta dependencia del contexto no es percibida y queda como un tácito “background of safety” (Sandler, 1987), o sea, un sentimiento de certeza acerca de la adecuación de las propias percepciones al ambiente.

El primer depositario de la indiferenciación básica es un objeto externo investido de función materna, que recibe y contiene este núcleo de incertidumbres y angustias primitivas del bebé, que puede elaborarlo a través de su intuición y experiencia atribuyéndole significado y dando la clave para la comprensión de las percepciones futuras, base del crecimiento psíquico; pero un residuo de la primera indiferenciación quedará siempre, y éste es el motivo por el cual persiste en cada sujeto maduro un vínculo simbiótico o de depositación de la indiferenciación en el mundo externo. Éste es un fenómeno “mudo” o, mejor aún, “ciego”, porque el vínculo de depositación de lo incierto y lo impreciso es automático, y tiende a realizarse nuevamente en forma omnipotente y obligatoria sobre cualquier contexto, cuando falla o desaparece el contexto habitual portador de seguridad.

Por eso, cuando suceden transformaciones críticas de la vida del sujeto (emigración, luto, pubertad) o cambios importantes en el contexto social (guerra, bancarrota, revolución), la movilización del núcleo ambiguo que ha perdido su depositación estable en el contexto de vida del sujeto puede manifestarse con angustias de diversa tonalidad. La pérdida masiva de las depositaciones lleva a una brusca reintroyección de la ambigüedad, lo que comporta angustia catastrófica con vivencias de despersonalización. Esto se manifiesta clínicamente como obnubilación, ofuscamiento, perplejidad, pánico, pero también como conciencia hiperlúcida, o sea, una comprensión intuitiva y global de la situación (Winnicott, 1974).

Podemos suponer que ciertos aspectos del núcleo ambiguo son parangonables al inconsciente originario y que quedarán para siempre indiferenciados y desconocidos. La ambigüedad comporta tanto aquellos aspectos de la mente que se presentan inertes respecto al contexto (instalación) como aquellos que son móviles y procesables (participación). Esto permite subrayar la existencia de otra ambigüedad, aquella que es descripta teóricamente como una “posición” y que puede funcionar clínicamente como una defensa: una posición de aceptación acrítica y aconflictiva de la realidad externa que, a la vez, no viene ni negada ni desmentida.

De manera sinóptica, la posición ambigua o aglutinada precede a las clásicas posiciones conflictivas esquizoparanoide y depresiva kleinianas, pero las tres posiciones coexisten y se alternan en su presentación en los espacios y tiempos psíquicos.

La ambivalencia propia de la posición depresiva, situación de conflicto entre dos términos (representaciones o afectos) contradictorios o antinómicos, permite elegir entre términos opuestos (odio/amor, bueno/malo, verdadero/falso); por el contrario, en la ambigüedad todo aparece como posible e intercambiable; los términos opuestos, contradictorios y potencialmente conflictivos coexisten como si no estuvieran discriminados. Por este motivo, la ambigüedad da a los fenómenos psíquicos un carácter proteiforme de imprecisión, maleabilidad y adaptabilidad que permite la movilidad entre los espacios y los tiempos psíquicos regresando, frenando o avanzando, o creando y permitiendo que se produzcan nuevas discriminaciones.

Por su carácter aconflictivo, la ambigüedad representa una defensa fácil, o podríamos decir “barata” (un “jolly joker” que se puede ubicar en cualquier lugar) y que evita al yo trabajos más costosos, como el de la remoción (que implica representaciones y conflicto).

En la dinámica vincular intersubjetiva, la cualidad elástica, oscilatoria y proteiforme de la ambigüedad le permite funcionar como un tejido maleable que llena o rellena los espacios vinculares acumulando diversas funciones relacionales. En el espacio intersubjetivo, la ambigüedad permite no separar y confundir lo que pertenece a un sujeto o a otro en tal vínculo, constituyendo un campo narcisístico de fondo que coexiste con las relaciones objetales (introyección y proyección identificatorias). Entre lo público y lo privado, la ambigüedad puede disimular, falsificar, equivocar, adecuar o conformar, porque elimina lo que es conflictual con figuras de compromiso que se manifiestan en la gestualidad y en el lenguaje.

En el espacio transubjetivo, la depositación de la ambigüedad en depositarios compartidos es inherente a los sentimientos de pertenencia y seguridad que sirven para sostener la “matriz transpersonal de las representaciones compartidas» (Käes, 1997; citado por Gomel, 1997). Lo transubjetivo se presenta como el espacio de la subjetividad menos elaborado y con menor expresión simbólica, el menos representable, y el más influenciado o sugestionable (o sea, el más ambiguo). Por ese motivo es penetrable y manejable por agentes de poder externos, tanto en forma insidiosa y encubierta como en forma explícita al ofrecerle jefes o ideales de referencia (Freud, 1924). El abanico afectivo de la ambigüedad va desde el pánico (catástrofe) a la fe (ideal-ideales) y desde las emociones de riesgo y extrañeza al sentimiento de seguridad siempre en relación con las variantes contextuales.

En las situaciones sociales fuertemente traumáticas, el yo utiliza la ambigüedad a la manera de un escudo para proteger su estructura. Más allá de un primer momento de catástrofe, la instalación en la ambigüedad funciona como una defensa mayor y, al mismo tiempo, como un “mecanismo de adaptación” (Parin, 1979); la cualidad mimética de la ambigüedad provoca obnubilación e indiferencia, y protege el resto de la personalidad que parece permanecer como encapsulada y lejana. Las funciones más maduras podrán ser recuperadas elaborando y reelaborando la sit-

uación traumática a medida que las condiciones de vida se diversifiquen (como sucede en el trabajo terapéutico). La función defensiva masiva de la ambigüedad nos lleva a considerar tal función también en situaciones de menor gravedad, como compromiso o adaptación sutil al contexto, o sea, como una defensa menor de familiarización, banalización y obviedad que no es necesariamente percibida por el sujeto mismo y que forma parte de la vida psíquica y de lo cotidiano de todos y de cada uno.

En las situaciones extremas de desaparición, tortura o campo de concentración (paradigmáticas de la violencia intencionalmente realizada sobre las personas), se procede a cambiar completamente las condiciones de vida del sujeto para obtener su adaptación y alienación a la situación ofrecida. Para Piera Aulagnier (1979), la alienación es el resultado en el pensamiento de la acción voluntaria de algún otro sin que el sujeto se dé cuenta. Pero la alienación va más allá del pensamiento y consiste también en una adecuación de los afectos del sujeto al clima afectivo de cualquier situación social manejada intencionalmente. Para comprender psicoanalíticamente estas situaciones, el concepto de contexto social es imprescindible, y el concepto de trans subjetividad se vuelve claramente pertinente. Al confrontarse clínicamente con este tipo de situaciones y hechos traumáticos, aparece algo específico o propio de la preocupación psicoanalítica: la capacidad de representar los afectos y de desear pensarlos. Esta función psicoanalítica (considerada en una acepción amplia en cuanto facultad de la mente) resulta la única resistencia psíquica posible frente a los efectos insidiosos de los traumas colectivos acumulados que llevan a la insensibilidad, la indiferencia y el conformismo. Dentro del encuadre terapéutico, es una labor específica del psicoanalista estar suficientemente alerta y advertido a fin de reconocer sobre sí mismo las sutiles señales afectivas de las vivencias trans subjetivas ligadas a la violencia, para intentar comprenderlas, contextualizarlas, pensarlas (Amati Sas, 1994).

Para iniciar esta reflexión sobre “la interpretación en lo trans subjetivo” me parece de interés la siguiente cita de Hannah Arendt (1952):

“Sucede como si cada vez que nos confrontamos con fenómenos de terrorística novedad, nuestro primer movimiento fuera reconocer esto a través de una reacción ciega e incontrolada; nuestro segundo movimiento es recuperar nuestra sangre fría y, negando haber percibido algo nuevo, nos tranquilizamos haciendo como si conociéramos ya algún fenómeno análogo. En un tercer movimiento, nos retomamos y podemos recuperar aquello que habíamos visto, percibido o conocido desde el comienzo. Es en este punto donde se inicia el esfuerzo de la comprensión”.

Este pensamiento de la filósofa nos introduce en la universalidad del fenómeno que tratamos de definir psicoanalíticamente buscando una teoría adecuada a la experiencia clínica.

La señora O. es una paciente a quien ya he hecho referencia en otras ocasiones. Ya habíamos comenzado a vernos a un ritmo lento con el fin de ir concluyendo la relación terapéutica. Después de una breve interrupción por vacaciones, la paciente faltó a su sesión sin previo aviso. A la sesión siguiente se la veía en una actitud autística, muy agobiada y desolada; dijo que no había podido asistir a la sesión anterior porque estaba muy mal. “Me sentía de la misma manera, como cuando vine aquí por primera vez hace diez años, y sentía una terrible vergüenza de cargarla a usted de nuevo con mis problemas, porque era como si hubiera desaparecido completamente todo el trabajo que hemos hecho juntas durante tantos años. Hubiera querido poder ser suficientemente fuerte como para poder llevar esto sin ayuda... sucede que he recibido esta carta.” Con dificultad, trato de leer y de orientarme en el estilo oficial de algo que se presenta como un documento: es una investigación de antropología forense, llevada a cabo a pedido de los familiares de desaparecidos para aseverar la identidad de restos mortales. En la carta se decía que los supuestos restos, ya reconocidos por la señora O. como los de su marido asesinado, eran en realidad la recomposición de los huesos de varias personas.

No sé si sería correcto llamar contratransferencia al estado que me invadió o si debo encontrar otra manera de definir mi reacción afectiva: un gran malestar, la sensación de una burla siniestra y la identificación con la extrañeza y la perplejidad de mi paciente ante su luto y su drama reabiertos. Inmediatamente me oí transmitiéndome mi estado de ánimo e indignación, sintiéndome, a la vez, en un dilema sobre mi manera activa de participar y no encontrando con qué palabras intervenir. Le dije que comprendía su esfuerzo para sostener sola todo esto, pero que era algo inaudito y excesivo. Luego interpreté que ella reaccionaba como si en ese preciso momento hubiera sido notificada de la muerte de alguien. Esta vez no se trataba de un muerto (aquel que fue su marido en su recuerdo y en su luto), sino de una experiencia profundamente siniestra en la cual muchas personas habían sido sepultadas juntas en lugar de o junto a los restos de su marido. Interpreté también que ella reaccionaba como si esto fuera aquí y ahora una tortura que alguien voluntariamente le infligía, pero que aquí no se trataba de una tortura actual dirigida a ella, sino de algo siniestro de lo cual ella quizá nunca hubiera sabido nada a no ser por esa rara y circunstancial actividad de investigación antropológica. Pero lo que ahora nos dejaba a ella y a mí tan desoladas y desarmadas era que las dos comprendíamos que aquellas manos que habían actuado poniendo juntas partes de diversas personas para componer un cuerpo ficticio no identificable eran seguramente las mismas que habían torturado y asesinado y que correspondían a la misma mentalidad abominable. Por lo tanto, nuestro malestar, nuestra perplejidad y extrañeza de hoy eran debidas al hecho de que “ellos” habían aparecido nuevamente.

Frente a este intento de contextualizar en el tiempo y en el espacio nuestro mutuo malestar, la paciente reaccionó y (ante mi asombro) salió de su estado de apatía. Al día siguiente, la señora O. dijo que se sentía mejor y retomó un sueño que ya nos había ocupado anteriormente. En efecto, pocas sesiones antes había soñado que veía mi rostro y se preguntaba si yo, la psicoanalista, era yo o si no sería su madre, ya que las dos teníamos los ojos azules. En relación con este sueño, la paciente se preguntaba por qué yo me prestaba a llevar junto a ella tantas cosas ter-

ribles, y dijo: “Si usted es mi madre, es natural que lo haga, pero si usted no es mi madre, cómo se lo podré pagar y por qué lo hace”. Curiosamente, pero no por casualidad, yo también me había hecho la misma pregunta existencial, y contesté inmediatamente y sin ninguna duda: “Lo hago porque yo también vivo en este mismo mundo de mierda”. Intentaré ahora elaborar mi enfática respuesta, a la que luego he llamado “una interpretación en lo transubjetivo”. Por cierto, no se trata de una interpretación habitual de la transferencia del pasado inconsciente, pero sí de una interpretación en el contexto actual en el cual ambas nos encontramos; o sea, un contexto histórico-social de inseguridad que normalmente no se hace ver pero que cuando se evidencia comporta un sentimiento de gran incertidumbre. La única certeza que nos queda es la de poder compartirlo, es decir, transformar la realidad objetiva espantosa en subjetividad compartida a un nivel que no niegue el pánico y el terror pero que consiga transformarlo en palabras. Si yo hubiera interpretado la transferencia materna, hubiese quizá reenviado a mi paciente a la dependencia infantil que ella estaba procesando. Mi respuesta nos puso a ambas en el mismo plano: dos adultos afectados por una difícil realidad. La intensidad de mi respuesta se puede relacionar con el gran esfuerzo que había hecho en la sesión anterior para encontrar las palabras de mi indignación y las interpretaciones que pudieran ayudarnos a salir del mutuo marasmo, para no quedarnos en la indiferencia, en lo banal, en lo obvio, y con los brazos caídos (como efectivamente me sentí al terminar la sesión cuando percibí mi desaliento).

El peligro que existe para el terapeuta frente a una novedad totalmente inesperada es que, al ser la cruda realidad demasiado desmantelante de nuestras necesarias seguridades, podemos caer en la tentación de considerarlas obvias y, por lo tanto, tomar una actitud contratransferencial ambigua que “disuelva” o inmovilice lo que hemos podido discriminar. Evidentemente, necesité movilizar toda mi “alarma ética” (Amati Sas, 1993), porque necesitaba recuperar lo antes posible mi capacidad de pensar y de crítica, preservar los valores fundamentales y el sentido de nuestro trabajo, y continuar la intensa elaboración ya realizada anteriormente.

En la vida cotidiana, informaciones y noticias diversas terminan rápidamente en lo obvio, pero el esfuerzo de pensamiento y de comprensión del psicoanalista no puede quedar en ese nivel. El psicoanálisis no puede evitar tener en cuenta el contexto transubjetivo traumático en el cual nos encontramos, aunque éste pueda ser interpretado exclusivamente (como en este caso) cuando se vuelve material psicoanalítico. Creo que no podemos seguir afirmando, como se decía antes, que es imposible funcionar como psicoanalistas cuando el contexto social es desfavorable (quizá no sea posible, pero es necesario) (Puget y Wender, 1982).

Adquiere importancia poder reconocer la ambigüedad en nosotros mismos, conocerla y reconocerla como una defensa ubicuitaria y transubjetiva. Si es útil permitirse técnicamente una actitud psicoanalítica tolerante de la ambigüedad, esto comporta límites éticos. ¿Hasta dónde aceptar la ambigüedad como aliada de nuestro trabajo cuando es una defensa para evitar confrontarnos con problemas angustiosos? (Badoni, 1998). ¿Cuáles son las señales que nos permitirán comprender que estamos en arenas movedizas?

Mi paciente tenía “vergüenza” de mostrarme la repetición de su estado de regresión, pero también de ser la causa de tanta inquietud, incertidumbre y horror: éste es un sentimiento dolorosamente conflictivo cuando el sujeto se percibe portador de una verdad capaz de desmantelar la ilusión de un mundo feliz en los otros y, en particular, en aquellos a quienes se ha investido con la función de sostener el propio proyecto identificador.

Cuando le dije a mi paciente que “ellos han aparecido nuevamente”, me refería a la masiva invasión traumática por un conformismo, o ambigüedad, inmovilizante que repetía los efectos sobre ella de los extremos maltratos de la tortura y de su relación con los torturadores. Estos personajes son “personalidades ambiguas” (Bleger, 1972) que renuncian a sus móviles humanos básicos en aras de la seguridad que comporta la pertenencia a grupos de poder, donde la transgresión y las atrocidades son aceptadas y se exige obediencia y lealtad a una presunta ley falsificada que permite a cada uno cualquier arrogancia. En este caso, la siniestra tarea de los torturadores va más allá del límite que impone la muerte, en busca de asegurarse cualquier impunidad a cualquier precio.

Cuando la paciente se pregunta “por qué lo hace” (por qué usted me ayuda a reorientarme en el caos catastrófico, arriesgando continuamente caer en él), su pregunta se encuentra con mi propia pregunta existencial. Es claro para mí que no lo hago para atribuirme un poder narcisístico, ni para ganar dinero, ni para otorgarme el lugar de una buena madre, ni para escribir artículos. Mis motivaciones son del orden del ideal: el deseo de un mundo no alienante, y mi indignación es auténtica. Considero que mi capacidad de juicio y oposición crítica a ciertas situaciones forma parte de mi tarea psicoanalítica: dar “holding” a mi paciente, es decir, asumir la depositación de su ambigüedad y sus incertidumbres en el encuadre terapéutico, y tomar la responsabilidad de no dar lugar a equívocos o interpretaciones erróneas y arbitrarias que podrían hacer confundir en el paciente los personajes y los tiempos de su experiencia.

Si bien en el trabajo psicoanalítico hay inefables momentos de transicionalidad creativa y posible colusión (colusionar; co-eludere, que proviene de jugar), o bien de consenso (sentir juntos, compartir palabras), no es posible tolerar de la misma manera la complicidad inconsciente (tramar contra algo, hacer trenza) que implica asociarse contra la revelación de una verdad, ni la connivencia (negarse a ver, cerrar los ojos) que significa asociarse en evitar salir de una situación equívoca o en negarse a reconocer un pensamiento pertinente o correcto (Prieto, 1992).

Por eso, si la ambigüedad es un concepto teórico válido (en cuanto propiedad dinámica del funcionamiento psíquico), es necesario denunciar su presencia en ciertas situaciones contratransferenciales, ya que representa una tendencia inconsciente a ceder a compromisos éticamente inaceptables.

La dinámica de la ambigüedad en los espacios de la subjetividad puede permitir pensar y continuar la investigación sobre por qué somos tan adaptables, manipulables y alienables, dentro y fuera de la situación psicoanalítica.

## Resumen

En este trabajo se comenta una “interpretación en lo transobjetivo”, sobre la base teórica del concepto de ambigüedad en su función de “defensa mayor” en situaciones sociales traumáticas, y de “defensa menor”, fácil y ubicuitaria, en situaciones cotidianas. Se consideran los riesgos éticos y las señales de la ambigüedad dentro del campo de la transferencia-contratransferencia en relación con el macrocontexto social.

Descriptores: AMBIGÜEDAD / SUBJETIVIDAD / NÚCLEO AMBIGUO / MATERIAL CLÍNICO / DEFENSA

## Summary

### THE INTERPRETATION IN THE TRANSUBJECTIVE

The paper exposes an “interpretation in the transubjective” based on the theory concept of ambiguity and its functions as “major defence mechanism” in traumatic social situations and “minor defence mechanism”, simple and ubiquitous in everyday life. Ethical risks and the signals of ambiguity in the field of the transference-countertransference interaction are considered in connection with the macrosocial context.

## Bibliografía

- Amati Sas, S. (1977): “Qualche riflessione sulla tortura per introdurre una discussione psicoanalitica”. *Rivista di Psicoanalisi*, XXIII, 3.
- (1985): “Megamuertos: ¿unidad de medida o metáfora?”. *Rev. de Psicoanálisis*, XLII, págs. 1282-1372.
- (1989): “Récupérer la honte?”. En *Violence d’Etat et Psychanalyse*, Dunod, París.
- (1992a): “Etica e Trans-soggettività”. *Rivista di Psicoanalisi*, XL, 4.
- (1992b): “Ambiguity as the route to shame”. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 73, págs. 329-334.
- (1993): “Alarma ética en psicoterapia”. *Psicoanálisis Apdeba*, XIV, 1, págs. 21-29.
- Aragonés, Jr. (1975): “Narcisismo y sincretismo: dos teorías complementarias”. *Rev. de Psicoanálisis*, XXXII, 3.
- Arendt, H. (1953): “Comprensión y política”. En *De la historia a la acción*. Paidós, Buenos Aires, 1995.
- Aulagnier, P. (1979): “Les destins du plaisir”. *Le fil rouge*, PUF, París.
- Badoni, M. (1998): “Riflessioni sull’indicibile”. *Rivista di Psicanalisi*, XLIV, 2, págs. 213-234.
- Berenstein, I. y Puget, J.: *Lo vincular*. Paidós, Buenos Aires, 1997.
- Bleger, J. (1972): *Simbiosis y ambigüedad*. Paidós, Buenos Aires, 1994.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1983): “Perversion and the universal law”. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 10, págs. 293-301.
- Eigen, M. (1985): “Towards Bion’s starting point: between catastrophe and faith”. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 66, págs. 321-330.
- Freud, S. (1919): “Il perturbante”. *O. S. F.*, 9, págs. 81-114. [Traducción cast.: “Lo ominoso”. A. E., XVII.]
- (1921): *Psicología delle masse e analisi dell’Io*. *O. S. F.*, 9, págs. 261-330. [Traducción cast.: *Psicología de las masas y análisis del yo*. A. E., XVIII.]
- (1927): *L’avvenire di un’illusione*. *O. S. F.*, 10, págs. 445-485. [Traducción cast.: *El porvenir de una ilusión*. A. E., XXI.]
- Gomel, S.: *Transmisión generacional: familia y subjetividad*. Lugar, Buenos Aires, 1997.
- Parin, P. (1979): “Le moi et les mécanismes d’adaptation”. *Psychopathologie Africaine*, XV, 2, págs. 159-199.
- Prieto, L. (1992): *Comunicación personal*.
- Puget, J. (1995): “Psychic reality or various realities”. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 76, págs. 29-34.
- Puget, J. y Wender, R. (1982): “Analista y pacientes en mundos superpuestos”. *Psicoanálisis*, IV, 3.
- Sandler, J. (1987): “The background of safety”. En *From Safety to Superego*. Karnac Books, Londres.
- Winnicott, D. W. (1974): “Fear of breakdown”. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 1, págs. 103-107.